

## Repensar la realidad económica y política\*

Wesley Marshall\*\*

*El Estado Depredador* es uno de los raros libros que logra derrotar la sabiduría convencional e imponer un nuevo esquema de pensar la realidad política-económica de un determinado espacio y tiempo. Construido a base de un lenguaje elocuente pero accesible al lector con un mínimo de conocimiento económico, James Galbraith capta la esencia de las correlaciones de las fuerzas políticas y económicas estadounidenses con

coherencia, audacia, y apego a la realidad como ningún otro autor estadounidense ha hecho desde su padre, John Kenneth Galbraith.

Aunque mencionar a su padre es un lugar común, el libro lo reclama. *El Estado Depredador* es para la época actual lo que el *Nuevo Estado Industrial* fue para los años sesenta. Ambos libros se dedican a explicar la relación entre los más importantes actores económicos y el Estado y cómo las estructuras de poder vigentes afectan a la población del país en general. En el proceso de exponer una visión esclarecedora de la correlación de fuerzas

---

\* Galbraith, James. 2008. *The Predator State: How Conservatives Abandoned the Free Market and Why Liberals Should Too*. Free Press. USA.

\*\* División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Correo electrónico: [wesmarshall@hotmail.com](mailto:wesmarshall@hotmail.com)

nacionales, ambos esfuerzos analíticos expresados en tales libros, tuvieron primero que derrumbar los falsos debates que predominan en el discurso nacional, que en ambos casos se han fundamentado en el discurso del libre mercado en sus diversas vertientes. En el *Nuevo Estado Industrial*, John Kenneth atacaba la noción de que el consumidor elegía libremente entre los productos de una gama de empresas que competían entre sí, y sin injerencia alguna del Estado, para atraer compradores. John Kenneth describía una situación contraria, en la cual el Estado y grandes corporaciones industriales mantenían altos niveles de cooperación en todo

tipo de planificación económica.

En *El Estado Depredador*, James Galbraith confronta a una sabiduría convencional también basada en el libre mercado, pero con fines más nefastos: “mientras en el nuevo Estado industrial la organización principalmente existía para dominar tecnologías avanzadas y complejos procesos manufactureros, en el Estado depredador la organización existe principalmente para dominar la misma estructura del Estado” (p. 132). Una vez sometido, el botín del Estado puede ser utilizado y sometido por los actores económicos mejor posicionados y sus

aliados en el gobierno. A diferencia de épocas pasadas, esos actores ya no son los líderes del sector industrial, sino ejecutivos en jefe que no encabezan ninguna industria en particular, sino que conforman una clase mercenaria independiente, aunque casi siempre ligada al dominante sector financiero.

James Galbraith es contundente al identificar quien busca dominar el Estado y para qué. Es igualmente crítico a ambos partidos políticos que participan en un diálogo simulado del Estado vs. el libre mercado. La política verdadera consiste en “quién participa en el negocio

– y un argumento correspondiente de quién queda fuera, y cómo, dado que hay ganancias tanto al entrar como al salir” (p.140).

A pesar de su crítica bipartidista, el Estado Depredador maduró bajo el mandato de Bush II, y su consolidación ha dejado resultados a plena luz del día durante los últimos años. Bajo el mito justificador del libre mercado, esa administración ha colocado amigos del sector privado en todas las entidades estatales, incluyendo el militar, el sector educativo, y la salud pública, entre otros. Infestado por parásitos que se llevan

ganancias personales a costa del servicio público, el Estado permanece incapaz de lidiar con desastres naturales como Katrina, mientras que los incentivos perversos, creados bajo la lógica depredadora, abren el panorama a todo tipo de desastres humanos, incluyendo las dos guerras fallidas, al sistema educativa fracasado, y un sistema de salud que excluye a cerca de 50 millones de estadounidenses. Sin embargo, por la gravedad de esas circunstancias, el legado más dañino y duradero del Estado depredador, promete ser la crisis financiera.

Por muchos años los grandes actores financieros han

buscado formas de extraer las enormes ganancias potenciales del sistema público de pensiones, pero en gran medida sin éxito. Sin embargo, sí han podido meter sus garras profundamente en el financiamiento hipotecario y del consumo. Después de diezmar el sector manufacturero e industrial, corromper las instituciones públicas dedicadas al financiamiento de sectores de la economía tradicionalmente desatendidos, y eliminar todo control prudencial sobre sus actividades, el sector financiero, en búsqueda constante de ganancias de corto plazo a toda costa, ahora ha desangrado al consumidor estadounidense, el último

sostén que quedaba de la economía nacional postindustrial, basada en el consumo. Al parecer, los depredadores han quedado sin presa, y el parásito sin cuerpo anfitrión.

Para el público latinoamericano, el concepto de Estado Depredador no es tan novedoso. A partir de la segunda mitad de los años setenta, sucesivos gobiernos en la región, obedientes al Consenso de Washington y los mismos bancos que están protagonizando la crisis actual, desmantelaron sistemáticamente los aparatos estatales a cambio del enriquecimiento personal. En

América Latina, este esquema topó con sus límites económicos hacia finales de los años noventa, aunque sus límites políticos han llevado un retraso de años en muchos casos.

Que un Estado desangre a pueblos ajenos es muy distinto a que desangre a su propio pueblo, que finalmente da sustento al Estado nacional. ¿Será que la fase superior del capitalismo no es el imperialismo, como lo describió Lenin, sino que el depredador llegue a comerse a sí mismo?

El cerebro de este sistema depredador, el sistema

financiero estadounidense, ya está muerto. Se puede mantener el cuerpo vivo mediante respiración artificial de la intervención estatal por un tiempo indeterminado, pero el cuerpo ya no se levantará y caminará por sí solo, pero ni con la ayuda del gobierno. La crítica de James Galbraith, que divide a los políticos estadounidenses en dos campos, no podría venir en mejor momento. Por un lado, están los que “alaban al libre mercado para cobijarse a sí mismos y a sus amigos del saqueo a las arcas públicas. Estas personas se llaman conservadores... y hay quienes alaban el mercado libre sólo porque temen que si no lo hacen, serán expuestos

como herejes, acusados de ser socialistas, quizá hasta ser expulsados de la vida pública. Este es el caso de muchos liberales” (p.11). ¿Será que los votantes estadounidenses acaban de reemplazar a un ladrón por un cobarde? Sin el dominio y purga de las influencias de las cabezas más importantes de las finanzas parásitas, como Robert Rubin y Larry Summers, la economía estadounidense no se recuperará. La única gran incertidumbre que queda es cuándo se va a manifestar el enojo popular que acompaña la debacle económica en Estados Unidos, y cuáles serían sus repercusiones políticas?

Nadie es capaz de responder a estas preguntas. Lo que preocupa es que nadie esté dispuesto o sea capaz de identificar la raíz de este

momento inexorable. El libro de James Galbraith ofrece una de las excepciones más destacada a este vacío.